

vo (19), tras las desamortizaciones, debieron influir en esta conducta. Muy posiblemente, la población jornalera debió adelantar la jornada de trabajo, toda vez que se incrementó la superficie dedicada al cultivo del olivo y aumentó la demanda de consumo de aceite, como consecuencia de la presión demográfica. Los campos andaluces debieron absorber la oferta de mano de obra excedente en estas tierras.

Hasta la década de los sesenta, las concepciones primaverales revelaban, presumiblemente, el temor que existía a exponer a los niños al contagio de las enfermedades infecciosas del verano (20). La máxima primaveral de las concepciones constituía, como ha señalado Sánchez-Albornoz (21), tanto una reacción instintiva como una respuesta inteligente de nuestros antepasados, ante la fuerte susceptibilidad de los niños a una muerte probable en el verano. No obstante, los peligros de aquélla no pasaban hasta cumplidos los cinco años, puesto que, hasta esa edad, el porcentaje de óbitos infantiles en el estío, al menos en estas poblaciones, era sobrecogedor. La alta mortalidad infantil, que en estos lugares sobrevenía durante los meses de julio y agosto, pudo tener efectos reguladores en la población infantil recién nacida. Por otra parte, la primavera era una estación de relativa calma laboral, que coincidía con los trabajos de tipo doméstico, por lo que la frecuencia de relaciones heterosexuales aumentaban y la posibilidad del embarazo era mayor.

Junto a la máxima primaveral, el mes de agosto registraba también un alza de las concepciones, motivada por el relativo ocio previo a las labores de recogida de las cosechas y a las perspectivas favorables que se manifestaban. La festividad de San Bartolomé, a fines de dicho mes, anunciaba las expectativas económicas de las cosechas agrícolas, creando así un ambiente favorable a la concepción. El incremento del mes de diciembre estaba fundamentado por el alza de la nupcialidad registrada durante el mes anterior. Por el contrario, el declive de las concepciones en el invierno se debía a la actividad olivarera y a la influencia de la moralidad religiosa en la época de la Cuaresma, la única que en esta zona parecía respetarse con más asiduidad (22), todavía más si tenemos en cuenta que era febrero, tras el mes de noviembre, el que mayor nú-

[19] G. Anes Alvarez, 'La agricultura española desde comienzos del siglo XIX hasta 1968: algunos problemas', en *Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX*, Madrid, Ariel, 1970, p. 259.

[20] J.-N. Biraben y J. Henry, 'La mortalité des jeunes enfants dans les pays méditerranéens', *Population*, XII, 1957, 4, pp. 615-644.

[21] N. Sánchez-Albornoz, 'La modernización demográfica...', p. 157. En este sentido, véase también J. Dupâquier y M. Lachiver, 'Sur les débuts de la contraception en France, ou les deux malthusianismes', *Annales, E.S.C.*, 24, 1969, 6, pp. 1391-1406.

[22] El esquema estacional de los nacidos en las décadas centrales del XIX es parecido al señalado para la ciudad de Albacete en el mismo período; Carlos Panadero Moya, 'Albacete a mediados del siglo XIX: Precios agrícolas y crisis de subsistencias en 1857', *Al-basit. Revista de Estudios Albacetenses*, 6, 1979, pp. 93-126, especialmente en 120 y ss.